

PALERMO LA FELIZ.

Mas favorecida del cielo que Girgenti, Palermo merece todavía hoy el nombre que se la da hace veinte siglos : hoy como hace veinte siglos, siempre es Palermo la Feliz.

En efecto, si hay una ciudad en el mundo que reuna todas las condiciones de la felicidad, es aquella indolente hija de los Fenicios que se llama *Palermo Felice*, y que los antiguos representaban sentada, como vemos, en una concha de oro. Edificada entre el monte Pellegrino, que la resguarda de la *tramontana*, y de la cadena de la Bagheri, que la protege contra el jaloque, recostada á la orilla de un golfo que no tiene otro rival que el de Nápoles; ceñida de un verde cinturón de naranjos, granados, cedros, mirtos, aloes y adelfas, que la dan sombra con su follaje y la embalsaman con sus perfumes; heredera de los Sarracenos, que la han legado sus palacios; de los Normandos, que la han dejado sus iglesias; de los Españoles, que la han dado sus serenatas, es á la vez poética como una sultana, graciosa como una francesa, enamorada como una andaluza. Así

su felicidad es para ella una de esas felicidades que vienen de Dios y que los hombres no pueden destruir. Los Romanos la ocuparon, la han conquistado los Sarracenos, disfrutáronla los Normandos, los Españoles apenas la han abandonado, y á todos esos diferentes señores, á quienes concluyó por hacer sus amantes, ha sonreído con la misma sonrisa; muelle cortesana que jamás tuvo espíritu sino para una eterna voluptuosidad.

El amor es la principal ocupación de Palermo; en cualquiera otra parte se vive, se trabaja, se piensa, se especula, se discute, se combate : en Palermo se ama. Tenia la ciudad necesidad de un protector celeste; no siempre se piensa en Dios, es muy necesario un fundamento de poder para que se piense en él por nosotros. No creais tampoco que ella haya ido á escoger algun santo perezoso, gruñón, exigente, severo, de semblante ascético y desagradable, no; ha elegido una virgen bella, jóven, indulgente, flor en la tierra, estrella en el cielo; de ella ha hecho su patrona; ¿y porqué? porque una mujer, por casta y santa que sea, siempre tiene algo de la Magdalena; porque una mujer, aunque haya muerto virgen, ha comprendido el amor; porque en fin es de una mujer de quien Dios ha dicho : « La será perdonado mucho, porque ella mucho ha amado. »

Así cuando despues de un camino áspero, fatigoso, eterno, en medio de soledades abrasadas por el sol, devastadas por las tormentas, trastornadas por los temblores de tierra, sin árboles á cuya sombra descansar durante el dia, sin una mala cama para dormir por la noche, descubrimos al llegar á lo alto de una montaña

á Palermo sentada á orilla como Cleopatra en las olas de la Cirenáica, se comprende que arrojamós un grito de alegría : es que á la simple vista de Palermo, se olvida todo. Palermo es un término : es la primavera despues del invierno, es el reposo despues de la fatiga, es el día despues de la noche, la sombra despues del sol, el oasis despues del desierto.

A la vista de Palermo, todo nuestro cansancio desapareció ; olvidamos las mulas con su trote duro, los riachuelos con sus mil inflexiones ; olvidamos esas posadas, donde el hambre y la sed son los menores inconvenientes, esos caminos, donde tras cada revuelta, cada roca, cada cantera, se oculta un bandido que os acecha y os espia ; olvidamos todo, para mirar á Palermo y para aspirar aquella brisa del mar que parecia ascender hasta nosotros.

Descendimos por un camino costeadó de un lado por inmensos cañaverales y bañado del otro por la mar ; el puerto estaba lleno de navíos anclados y el golfo lleno de barcos de vela ; una legua antes de Palermo, se ven las vilas cubiertas de emparrados ; los palacios recostados á las sombras de las palmeras se presentaron á nuestra vista : todo esto tenia un aire placentero de un aspecto encantador. Efectivamente, llegábamós precisamente á las fiestas de Santa Rosalía. A medida que nos aproximábamós á la ciudad, marchábamós mas aprisa ; Palermo nos atraía como aquella montaña de iman de las *Mil y una Noches* de que no podían huir los navíos. Despues de habernos mostrado de lejos sus torres, sus cúpulas y sus azoteas, que desaparecian poco á poco,

nos franqueaba sus arrabales. Atravesamos un paseo situado á orilla del mar y llegamos á una puerta de construcción normanda ; el centinela en lugar de detenernos, nos hizo un saludo como para decirnos que éramos bien llegados.

En medio de la plaza de la Marina, vino un hombre hácia nosotros :

— ¿ Estos señores son franceses ? nos preguntó.

— Nacidos en el centro de Francia, respondió Jadin.

— Yo soy quien tiene el honor de servir particularmente á los jóvenes señores de vuestra nacion que vienen á Palermo.

— ¿ Y en qué los servis ? le pregunté.

— En todas las cosas, excelencia.

— ¿ Diablos ! sois un hombre precioso. ¿ Cómo os llamais ?

— Tengo varios nombres, excelencia ; pero mas comunmente se me llama *il signor Mercurio*.

— ¡ Ah ! muy bien, comprendo. Gracias.

— Hé aquí los certificados de los últimos franceses que me han empleado : podeis ver como han quedado completamente satisfechos de mis servicios.

Y en efecto, il signor Mercurio nos presentó tres ó cuatro certificados muy detallados y sobradamente indiscretos que debia al reconocimiento de nuestros compatriotas. Les pasé la vista por encima y se los di á Jadin, que los leyó á su vez.

— ¿ Ven estos señores como estoy perfectamente en regla ?

— Sí, querido amigo, pero desgraciadamente nosotros no tenemos necesidad de vos.

— Sí tal, excelencia, siempre hay necesidad de mi, cuando no es para una cosa es para otra : sois ricos, yo os haré gastar vuestro dinero : sois pobres, yo me compromeré de modo que hagais economías : sois artistas, os enseñaré cuadros : sois hombres de mundo, os pondré al corriente de toda la chismografía de la sociedad : soy de todo, excelencia : cicerone, ayuda de cámara, antiuario, comerciante, comprador, historiador y sobre todo...

— *Ruffiano*, dijo Jadin.

— *Si signore*, respondió nuestro extraño interlocutor con una expresion de orgullosa satisfaccion de que no se puede formar idea.

— ¿Y estais satisfecho de vuestro oficio ?

— ¡Sí, estoy satisfecho, excelencia ! me creo el hombre mas dichoso de la tierra.

— ¡Diablo ! dijo Jadin, ¡ cómo agrada esto á las gentes honradas !

— ¿Qué dice vuestro amigo, excelencia ?

— Dice que la virtud tiene siempre su recompensa. Mas perdonad, querido amigo : comprendereis que hace un poco de calor para hablar de negocios recibiendo el sol de plano ; por otra parte, acabamos de llegar como veis y estamos rendidos.

— ¿Estos señores se alojarán sin duda en la fonda de los Cuatro Cantones ?

— Creo que sí.

— Iré á presentar mis respetos á estos señores.

— Gracias, es inútil.

— ¡Cómo ! seria faltar á mis deberes ; por otra parte, aprecio mucho á los Franceses, excelencia.

— ¡Diantre ! Es muy lisonjero para nuestra nacion.

— Iré, pues, á la fonda.

— Haced como gustéis, señor Mercurio, pero perdeis probablemente vuestro tiempo, os lo prevengo.

— Ese es negocio mio.

— Adios, señor Mercurio.

— Hasta la vista, excelencia.

— ¡Qué canalla ! dijo Jadin.

Y continuamos nuestro camino hácia la fonda de los Cuatro Cantones, como he dicho. Palermo tenia un aspecto de fiesta muy agradable de ver. Flotaban las colgaduras en todos los balcones, de los que pendian anchas cintas de tela ; pórticos y pirámides de madera, cubiertos de guirnaldas de flores se prolongaban de uno á otro extremo de la calle. Salvadore nos hizo dar un rodeo y pasamos por delante del palacio episcopal. Allí habia una enorme máquina con cuatro ó cinco pisos de alto de cuarenta y cinco á cincuenta piés, de la figura de esas pirámides de porcelana sobre las que se sirven los dulces en el ramillete ; toda ella revestida de gró azul con franjas de plata, coronada de una figura de mujer teniendo una cruz y rodeada de ángeles. Era la carroza de santa Rosalía.

Llegamos á la fonda ; estaba llena de extranjeros. Por la influencia de Salvadore obtuvimos dos cuartitos que el huésped reservaba, segun dijo, para unos ingleses que debian llegar de Mesina aquel dia y que de ante-

mano los habian alquilado. Acaso no era este mas que un medio de hacérselos pagar tres veces mas de lo que valian ; pero tal como eran y por el precio que costasen, aun éramos muy dichosos con tenerlos.

Arreglamos nuestras cuentas con Salvadore, el cual nos pidió un certificado que nosotros le dimos con muchísimo gusto. Despues añadí dos duros á los cinco que ya le habia dado al salir del desfiladero de Mezzojoro y nos separamos entusiasmados mutuamente.

Preguntamos á nuestro huésped acerca del modo de emplear el dia ; nada habia que hacer hasta las cinco de la tarde, mas que bañarse y dormir ; á las cinco habia paseo en la marina ; á las ocho fuegos artificiales á la orilla del mar, toda la noche iluminacion y bailes en la Flora ; á las doce de la noche corso.

Pedimos dos baños, hicimos preparar nuestros lechos y ajustamos un carruaje.

A las cuatro nos advirtieron que la mesa estaba servida ; bajamos y hallamos una mesa, al rededor de la que estaban reunidos individuos de todos los pueblos de la tierra. Habia allí franceses, españoles, ingleses, alemanes, polacos, rusos, bávaros, turcos, griegos y tunecinos.

Nos aproximamos á dos compatriotas, que habiéndonos reconocido por su parte se adelantaban hácia nosotros ; eran parisienses, gentes de mundo y sobre todo de imaginacion ; el baron de S... y el vizconde de R...

Como hacia ya mas de ocho dias que estaban en Palermo, y una de las pretensiones que tenemos los Franceses, es conocer al cabo de ocho dias una ciudad,

como si la hubiésemos habitado toda nuestra vida, su encuentro, en circunstancias semejantes, era un verdadero encuentro. Nos prometieron, desde aquella misma tarde, ponernos al corriente de las costumbres palermitanas. Les preguntamos si conocian al signor Mercurio : era su mejor amigo. Les referimos cómo se nos habia presentado y cómo le habíamos recibido ; nos reprendieron altamente, y nos aseguraron que era de gran precio el conocimiento con aquel hombre, aunque no fuese mas que por estudiarle. Confesamos entonces que habíamos cometido una falta, y prometimos repararla.

Despues de comer, hallándonos completamente bien, nos anunciaron que nuestros carruajes nos aguardaban ; como aquellos caballeros tenian el suyo, y sin embargo, no queriamos separarnos, cambiamos. Jadin subió con el vizconde de R... y el baron de S... conmigo.

Le habia sucedido á este último, el dia anterior, una aventura muy característica para que, á pesar de esa gran dificultad que se encuentra en nuestra lengua para decir ciertas cosas, deje de intentar el contarle. Por otra parte, no hay mas que figurarse que se lee una historieta de Tallemant, de las Reaux, ó un episodio de las *Damas galantes* de Brantôme.

El baron de S... era á la vez un filósofo y un observador ; viajaba especialmente por estudiar las costumbres de los pueblos que visitaba ; de aquí resultaba que en todas las ciudades de Italia se habia dedicado á las pesquisas más minuciosas con aquel objeto.

Como es de suponer, el baron de S... no habia hecho la travesia de Nápoles á Palermo para renunciar, una

vez llegado á Sicilia, á sus acostumbradas investigaciones. Por el contrario, siendo esta tierra nueva para el baron de S..., y presentando, en su opinion, bajo ese aspecto novedades curiosas, habia llegado con mas ardor que nunca por hacer descubrimientos.

El signor Mercurio que, como hemos dicho, era versado en todos los ramos de la ciencia filosófica que practicaba el baron de S..., se habia hallado en su camino, como se habia encontrado en el nuestro; pero mas avisado que nosotros, el baron de S... habia comprendido al momento de qué utilidad podia ser semejante cicerone para un hombre que, como él, trataba de conocer los efectos y las causas. Desde aquel mismo dia le habia colocado en su servidumbre.

El baron de S... habia comenzado sus estudios por las altas esferas de la sociedad; de allí, por no perder la agradable sazón de los contrastes, habia pasado al pueblo. En una y otra clase habia recogido noticias tan curiosas, que no queriendo dejar sus notas incompletas, habia preguntado hacia dos dias al signor Mercurio si no podia abrirle alguna puerta de esa clase media que se llama en Italia el *mezzo ceto*. El signor Mercurio le habia respondido que nada era mas fácil, y que desde el dia siguiente podria ponerle en relaciones con una señorita que hablaba mucho, y cuya conversacion era de las mas instructivas. Se comprende bien que el baron de S... aceptó.

La tarde del dia anterior, en consecuencia, el signor Mercurio habia ido á buscarle á la hora convenida, y le habia conducido á una calle bastante estrecha, frente de

una casa de modesta apanencia: el baron, en el instante mismo, y al primer golpe de vista, habia hecho justicia á la inteligencia de su guia, que habia encontrado así desde luego lo que le habia dicho buscarse. Iba á tirar del cordon de la campanilla, deseoso como estaba de ver si lo interior de la casa correspondia á lo exterior, cuando el signor Mercurio le detuvo el brazo, y mostrándole una llavecita, le hizo comprender que era inútil mezclar á un portero ó á un criado en los secretos de la ciencia. El baron reconoció la verdad de aquel principio, y siguió á su guia que, marchando delante de él, le condujo por una escalera estrecha, pero limpia, á una puerta que abrió como habia hecho con la de la calle. Abierta aquella puerta, atravesó una antesala, y abriendo una tercera puerta, que era la de un comedor, introdujo en ella al baron diciéndole que iba á avisar á la señora á quien habia deseado ser presentado.

El baron, que se habia hallado mas de una vez en circunstancias semejantes, se sentó sin pedir explicaciones. La pieza en que estaba correspondia á lo que habia visto ya de la casa; era una habitacion modesta con una mesita en medio, y con grabados en marcos negros colgados de las paredes: estos grabados representaban *La Cena* de Leonardo de Vinci, *La Aurora* de Guido, *El Endimion* del Guerchin, y *La Bacante* de Carracha.

Habia además, en aquel comedor, dos puertas, una enfrente de otra.

Al cabo de diez minutos que hacia que estaba sentado el baron, comenzando á fastidiarse, se levantó y se puso á examinar los grabados; pasados otros diez minutos se

impacientó todavía mas, y miró alternativamente á una y otra de las dos puertas, esperando á cada momento que se abriese una de las dos. En fin, como se hubiesen pasado diez minutos mas sin que ninguna de las dos se abriese, resolvió, cada vez mas impaciente, presentarse él mismo, puesto que el signor Mercurio tardaba tanto en hacer su presentacion. En el momento que acababa de tomar aquella resolucion, y cuando vacilaba entre las dos puertas, se le nguró oír algun ruido detrás de la que estaba á la derecha. Se aproximó al punto, y escuchó : seguro de que no se habia engañado, tocó suavemente.

— Entrad, dijo una voz.

Se le figuró al baron que la voz que acababa de contestarle tenia un timbre un poco masculino, pero habia observado que en Italia las voces de soprano son muy comunes en los hombres: no hizo caso de aquella figuracion, y dando vuelta á la llave, abrió la puerta.

El baron se encontró delante de un hombre de treinta á treinta y dos años, vestido con una bata de cachemir, sentado delante de un buró, y tomando notas de libros voluminosos. El hombre volvió la cabeza, levantó sus anteojos y le miró.

— Perdonad, caballero, dijo el baron asombrado de encontrar un hombre allí donde esperada, ver á una mujer; pero creo que me he engañado.

— Yo tambien lo creo, caballero, respondió tranquilamente el de la bata.

— Y en ese caso, mil perdones por haberos interrumpido, replicó el baron.

— No hay de qué, caballero, respondió el desconocido.

Entonces se saludaron recíprocamente, y el baron volvió á cerrar la puerta, volviendo otra vez á mirar los grabados.

Al cabo de cinco minutos se abrió la segunda puerta, y una mujer como de veinte á veinte y dos años, hizo señal al baron de que entrase.

— Perdonad, señora, dijo el baron en voz baja, mas acaso ignorais que hay álguien allí, en la habitacion frente á esta.

— Sí tal, caballero, respondió la jóven sin tomarse el trabajo de cambiar el diapason de su voz.

— Y sin indiscrecion, señora, dijo el baron, ¿se os puede preguntar quién es ?

— Es mi marido, caballero.

— ¿ Vuestro marido ?

— Sí.

— ¡ Diablo !

— ¿ Os contraria eso ?

— Es segun.

— Si lo exigis, le suplicaré que vaya á dar una vuelta por la ciudad; pero trabaja, y eso le interrumpiria.

— Corriente, dijo el baron riendo, si quereis que permanezca donde está, no veo ningun...

— ¡ Oh ! caballero, no se moverá.

— En ese caso, dijo el baron, es otra cosa, teneis razon, no hay necesidad de interrumpirle.

Y el baron entró en la habitacion con la jóven, que cerró la puerta tras de sí. Al cabo de dos horas salió el baron despues de haber hecho acerca de las costumbres de

la señora siciliana las observaciones más interesantes, y sin que nadie, como se le había prometido, fuese á turbarle en sus observaciones. Así que se prometia volverlas comenzar el día menos pensado.

Cuando el baron acababa de contarme esta historia, llegábamos á la Marina.

Es el paseo de los carruajes y de las gentes á caballo, como la Flora es el de las de á pié. Allí, como en Florencia, como en Mesina, todo el que tiene tren está obligado á ir á dar su *giro* de seis á siete de la tarde : por lo demás, es una obligacion sumamente llevadera : nada es tan encantador como aquel paseo de la Marina, apoyado en una fila de palacios, con su golfo que se extiende á alta mar enfrente de él, y su cintura de montañas que la rodea y la protege. Entonces, es decir, desde las seis de la tarde hasta las dos de la madrugada, sopla el *greco*, fresca brisa del Nordeste que reemplaza al viento de tierra y va á volver las fuerzas á toda aquella poblacion que parece destinada á dormir de día y vivir de noche ; es la hora en que Palermo se despierta, respira y sonríe. Reunida casi en su totalidad sobre aquel lindo muelle, sin otra luz que la de las estrellas, por todas partes cruzan sus carruajes, sus caballeros y sus gentes de á pié ; y todo esto habla, se mueve, canta como una bandada de alegres pajarillos, cambia las flores, las citas, los besos ; todo eso se apresura á llegar los unos al amor, los otros al placer : todo eso bebe la bebiba á grandes tragos, inquietándose poco de esa mitad de la Europa que la envidia, y de la otra mitad de la Europa que la tiene lástima.

Nápoles la tiraniza, es verdad ; acaso porque Nápoles está celosa de ella. Mas ¿ qué importa á Palermo la tiranía de Nápoles ? Nápoles puede cogerla su dinero, Nápoles puede esterilizar sus tierras, Nápoles puede demolerla sus murallas ; pero Nápoles no la arrehatará su Marina bañada por el mar, su viento *greco* que la refresca por las noches, sus palmeras, que la dan sombra á la mañana, sus naranjos, que la perfuman siempre, y sus eternos amores, que la mecen en sus sueños cuando no la despiertan en su realidad.

Se dice : « Ver Nápoles y morir. » Es preciso decir : « Ver Palermo y vivir. »

A las nueve se lanzó un cohete al aire y la fiesta empezó. Era la señal de los fuegos artificiales que se disparan delante del palacio Butera.

El principe de Butera es uno de los grandes señores del último siglo que han dejado los mas populares recuerdos en Sicilia, donde, como en todas partes, los grandes señores comienzan á desaparecer.

Disparados los fuegos artificiales hubo una division entre los paseantes ; los unos permanecieron en la Marina, los otros tomaron hácia la Flora. Fuimos nosotros de estos últimos, y al cabo de cinco minutos estábamos á la puerta de aquel paseo, que pasa por uno de los mas bonitos jardines botánicos del mundo.

Estaba magníficamente iluminado con faroles de mil colores pendientes de las ramas de los árboles, y en las enruojadas habia orquestas públicas, y allí bailaban las gentes de la clase media y el pueblo. Al revolver de una calle de árboles el baron me apretó el brazo ; una

jóven y un hombre jóven tambien, pasaban cerca de nosotros. La mujer era aquella señora pequeñita con la que habia filosofado la vispera; su caballero era el hombre de la bata visto en el gabinete. Ni el uno ni el otro demostraron en su fisonomía conocerle: figuraban perfectamente adorarse.

Permanecemos en la Flora hasta las diez; á las diez las puertas de la catedral se abren para dejar salir las cofradías, las corporaciones, las urnas de santos, las reliquias de santos que se visitan los unos á los otros. No queríamos faltar á aquel espectáculo: nos encaminamos, pues, hácia la catedral, á donde llegamos con gran trabajo, á causa de la multitud.

Es un magnífico edificio del siglo XII, de arquitectura medio normanda, medio sarracena, lleno de encantadores detalles de una delicadeza maravillosa, y todo recortado, todo dentellado, todo festonado como un encaje de mármol; las puertas estaban abiertas á todo el mundo, y el coro iluminado de alto abajo por arañas colgadas del techo y sobrepuestas las unas a las otras, despedían una luz que deslumbraba: en ninguna parte he visto nada parecido. Dimos tres ó cuatro vueltas, deteniéndonos de cuando en cuando, de trecho en trecho, para contar las ochenta columnas de granito oriental que sostienen la bóveda y las tumbas de mármol y de pórfido, donde yacen algunos de los antiguos soberanos de la Sicilia (1). Hora y media se pasó en esta

(1) Estas tumbas son, las del rey Roger y de Constanza, emperatriz y reina; de Federico II y de la reina Constanza, su mujer; de Pedro II de Aragón y del emperador Enrique VI. En 1784 se abrieron estos diversos

investigación; luego, como iban á dar las doce, volvimos á subir en nuestro carruaje y nos hicimos conducir al Corso, que comienza á media noche y que se tiene en la calle del Cassaro.

Esta es la calle mas honrada de Palermo, que la atraviesa en toda su longitud, lo que hace que ella tenga acaso como una media legua de un extremo á otro. Cuando los emires se fijaron en Palermo, escogieron para su residencia un antiguo castillo situado al extremo oriental, que fortificaron, y al cual dieron el nombre del *Cassaer*; de ahí la denominación moderna de *Cassaro*. Se llama así á imitación de la calle *fashionable* de Nápoles titulada de Toledo. Aquella calle está cortada en cruz por otra, obra del virey Maqueda, que la dió su nombre, el cual ha perdido para tomar el de Strada Nuova. En el punto en que las dos calles se cruzan, forman una plaza, cuyos cuatro lados están ocupados por otros cuatro palacios semejantes, adornados de estatuas de vireyes.

Figúrese cualquiera esta inmensa calle del Cassaro iluminada de un extremo á otro, no ya las ventanas, sino los pórticos y las pirámides de madera que habíamos visto por el día; llena de un extremo á otro de los carruajes de todos los príncipes, duques, marqueses, condes y barones de que abunda la ciudad: en esos carruajes las mujeres mas bonitas de Palermo ataviadas

monumentos para hacer constar la presencia de los esqueletos reales que debían encerrar. El cuerpo de Enrique, revestido de sus ornamentos imperiales y de un traje bordado de oro, estaba completamente intacto y apenas desfigurado.

con gran lujo : á cada lado de la calle dos compactas filas de pueblo ocultando bajo el traje del domingo los harapos del día de trabajo ; un inmenso gentío en los balcones colgados, por todas partes músicas invisibles, y se tendrá una idea de lo que es el Corso en la noche de Santa Rosalía.

Durante estas fiestas fué cuando estalló la revolucion de 1820. El príncipe de la Cattolica quiso reprimirla, é hizo marchar contra el pueblo algunos regimientos napolitanos que formaban la guarnicion de Palermo ; pero el pueblo se precipitó sobre ellos, y antes que tuviesen tiempo de dar la segunda carga, los habian derribado, desarmado, dispersado y destruido. Entonces los insurgentes se esparcieron por la ciudad gritando : ¡ Muera el príncipe de la Cattolica ! A estos gritos se refugió el príncipe á tres leguas de Palermo en casa de un amigo suyo que tenía una vila en la Bagheri ; pero el pueblo le persiguió hasta allí. Acorralado el príncipe de habitacion en habitacion, se metió entre dos colchones. Entró el pueblo en el cuarto donde estaba, le buscó por todas partes, y se salió sin verle. Entonces el príncipe de la Cattolica, no oyendo ningun ruido, y creyéndose solo, se aventuró á salir de su retiro ; pero un niño que estaba oculto detrás de una puerta, le vió, volvió á llamar á los asesinos, y el príncipe fué asesinado inhumanamente.

Este, como el príncipe de Butera, era uno de los grandes señores de Palermo, pero estaba lejos de ser popular y querido como él : los dos estaban arruinados por las prodigalidades sin número que habian hecho ;

pero el príncipe de Butera jamás se apercibió de ello, y muy probablemente murió sin saberlo, porque sus arrendatarios, por acuerdo unánime, continuaron pagándole un inmenso censo, y cuando, á pesar de este enorme censo, el mayordomo del príncipe les escribia estas únicas palabras : « El príncipe carece de dinero, » las cajas se llenaban como por milagro, vendiendo aquellas gentes honradas, en tales circunstancias, hasta sus regalos de boda. El príncipe de la Cattolica, por el contrario, siempre se veía acosado por sus acreedores : de modo, que á consecuencia de una magnífica fiesta que acababa de dar á la corte, el rey Fernando, viéndole enteramente arruinado, le concedió, por real decreto, ochenta años para pagar sus deudas. Provisto de aquella real orden, el príncipe de la Cattolica envió á pasear á sus acreedores.

Como el príncipe de Butera habia muerto hacia algunos años, fué necesario acudir al anciano príncipe de Paterno, el hombre mas popular de la Sicilia despues de aquel, para calmar los espíritus y arrestar á los asesinos. Así, como el general Pepé y sus tropas estaban á la vista á nombre del gobierno provisional para entrar en Palermo, hizo tanto el príncipe, que obtuvo de una parte y de otra que se firmaría un tratado. Los palermitanos, para dar á aquel acto la forma de un tratado, y á fin de que jamás pudiera pasar por una capitulacion, exigieron que el tratado fuese redactado y firmado fuera de la isla. En efecto, las condiciones se discutieron, acordaron y firmaron en un navio americano anclado en el puerto. Uno de los artículos declaraba que

los napolitanos entrarían sin tambor batiente. A la puerta el tambor mayor, como por costumbre, hizo la señal ordinaria, y al instante comenzó la marcha; al mismo tiempo, un hombre del pueblo que se hallaba allí, se arrojó sobre el tambor mas próximo y rompió su caja de una puñalada. Quisieron arrestar á aquel hombre, mas en el mismo momento la ciudad entera se preparó á sublevarse de nuevo. El general Pepé ordenó envainasen inmediatamente los palillos en la banda, y el artículo impuesto por los palermitanos, exceptuando aquella infraccion de algunos segundos, tuvo religiosa ejecucion.

Pero el tratado no tardó en ser violado, no solo en uno de sus artículos, sino en todas sus partes; al principio, el parlamento napolitano rehusó ratificarlo; luego, habiendo entrado los Austriacos en Nápoles, fué nombrado lugarteniente general del rey en Sicilia el cardenal Gravina, y el 5 de abril de 1821 publicó un decreto por el que se anulaba todo lo que habia pasado desde que el príncipe heredero habia abandonado la isla; entonces comenzaron las vejaciones para no detenerse ya, y se vieron cosas extrañas. Citaremos dos ó tres ejemplos que darán una idea del modo como están establecidos y se perciben los impuestos en Sicilia.

La ciudad de Mesina tenia un derecho sobre las contribuciones del comun, y sobre aquella renta pagaba un excedente de contribucion inmueble; el rey se apoderó de ese derecho, y exigió que la ciudad continuase pagando el excedente, por mas que no tuviese ya la propiedad.

El príncipe de Villa-Franca tenia un terreno que habia sembrado de arroz, y que produciendo 14,000 duros (72,000 francos próximamente) habia sido tasado sobre aquella renta: el gobierno averiguó que los riegos que se hacian para aquel cultivo eran nocivos á la salud de los habitantes; prohibió al príncipe de Villa-Franca continuase aquella explotacion; el príncipe obedeció, sembró su tierra de trigo y algodón, pero como esta explotacion es menos lucrativa que la otra, el producto de la tierra descendió de 72,000 francos á 6,000. El príncipe de Villa-Franca continuó pagando el mismo impuesto, es decir, 3,000 francos mas que lo que le producía la tierra.

En 1831 cayeron sobre la Sicilia nublados de langosta y los propietarios quisieron reunirse para destruirla; pero estando prohibidas las reuniones de individuos pasande de cierto número, hizo saber el rey que se encar gaba mediante un impuesto que establecia, de la destruccion de las langostas. A pesar de las reclamaciones el impuesto se estableció. El rey no destruyó las langostas, que desaparecieron por sí solas despues de haber devorado las cosechas, y el impuesto quedó.

Esas exacciones de que acabamos de hablar son las menores de las que han producido ese odio profundo que existe entre los sicilianos y napolitanos, odio que sobrepuja al de la Irlanda y la Inglaterra, al de la Bélgica y la Holanda, al de Portugal y España.

Este odio, algun tiempo antes de nuestra llegada á Palermo, habia dado ocasion á un hecho singular.

Un soldado napolitano, no sé por qué crimen, había sido sentenciado á ser fusilado.

Como los soldados napolitanos, sobre todo entre los sicilianos, no gozan de una gran reputacion de valor, los sicilianos esperaban con una viva impaciencia el dia de la ejecucion para saber cómo moria el napolitano.

Por su parte, los napolitanos no estaban exentos de inquietud. Valientes, tanto como el pueblo que mas lo sea en el mundo cuando los exalta la pasion, no saben aguardar la muerte con sangre fria; si su compatriota moria cobardemente, los sicilianos triunfaban y ellos quedaban humillados en su persona. La situacion era grave, como se ve, tan grave que los jefes escribieron al rey de Nápoles para obtener una conmutacion de pena. Pero se trataba de una grave falta de disciplina, de insulto á un superior, segun creo, y el rey de Nápoles, bueno por otra parte, es severo y justiciero con esta clase de delitos: respondió, pues, que era indispensable que la justicia siguiese su curso.

Se reunieron en consejo para saber qué es lo que habia que hacer en semejante circunstancia, se propuso fusilarle en lo interior de la ciudadela, pero era salvar la dificultad y no vencerla, y aquella muerte oculta y solitaria lejos de hacer callar las murmuraciones que se temian no dejaria, por el contrario, de motivarlas. Otras diez proposiciones del mismo género se hicieron, se debatieron y se desecharon; era un atasco de que no habia medio de salir.

Debe decirse en verdad, que el desgraciado se conducia por su parte no solo de modo que aumentaba

aquella murmuracion, sino que aun la cambiaba en certeza. Desde que le habia sido leida la sentencia no hacia mas que llorar, pedir favor, y encomendarse á san Javier. Era evidente que seria preciso llevarle entre cuatro al lugar del suplicio y que moriria como un capuchino.

Bajo diferentes pretextos, se habia retardado el dia de la ejecucion; mas al fin toda nueva dilacion se habia hecho imposible. Por tercera vez estaba reunido el consejo, tratando de buscar un medio y no encontrándole. Al fin iban á separarse dejándolo todo á la Providencia, cuando el capellan del regimiento, dándose de pronto una palmada en la frente, declaró que el medio que tan largo tiempo hacia y tan en vano se habia buscado por los demás, acababa de encontrarle él.

Quisieron saber qué medio era; pero el capellan declaró que no diria á nadie ni una palabra, dependiendo el éxito del secreto. Se le preguntó entonces si el medio era seguro; el capellan dijo que respondia de él con su cabeza.

Se fijó la ejecucion para el dia siguiente por la mañana á las diez. Debía verificarse entre el monte Pellegrino y Castellamare, es decir, en una llanura que podía contener á todo Palermo.

Por la noche, el capellan se presentó en la prision. Al verle dió terribles gritos el sentenciado porque comprendió que el momento de dar su adios al mundo habia llegado. Pero en lugar de prepararle á la muerte el capellan le anunció que el rey le habia concedido su perdon.

— ¡Mi perdon! Exclamó el prisionero cogiendo las manos del sacerdote, ¡mi perdon!

— Vuestro perdon.

— ¡Cómo! ¿no seré fusilado? ¡Cómo! ¿no moriré? ¿me habré salvado la vida? preguntó el prisionero, no pudiendo creer semejante nueva.

— Vuestro perdon, plena y enteramente, replicó el sacerdote; solo que S. M. ha puesto á él una condicion, por el escarmiento.

— ¿Cuál? preguntó el soldado palideciendo.

— Que todos los preparativos del suplicio deberán hacerse como si hubiese de verificarse. Os confesareis esta noche como si debiéseis morir mañana, os vendrán á buscar como si no estuviéseis perdonado, se os conducirá al lugar de la ejecucion como si fueran á fusilaros; en fin para llevarlo todo al extremo y que el escarmiento sea completo, se os hará fuego, pero los fusiles estarán cargados solo con pólvora.

— ¿Es cierto lo que me decís? preguntó el sentenciado, á quien parecia aquella representacion á lo menos inútil.

— ¿Qué motivo tendria yo para engañaros? replicó el sacerdote.

— Es verdad, murmuró el soldado. Asi que, padre mio, ¿me decís que tengo mi perdon? ¿Me asegurais que no moriré?

— Os lo aseguro.

— Entonces, ¡viva el rey! ¡viva san Javier! ¡viva todo el mundo! exclamó el reo saltando por su prision.

— ¿Qué hacéis, hijo mio? ¿qué hacéis? exclamó el

fraile, ¿olvidais que lo que acabo de descubrir os era un secreto que se me habia prohibido deciros, y que es importante que todo el mundo ignore que os lo he revelado, y sobre todo el carcelero? De rodillas, pues, como si debiéseis morir y comenzad vuestra confesion.

El sentenciado reconoció la verdad de lo que le decia el sacerdote, se puso de rodillas y se confesó.

El capellan le dió la absolucion.

Antes que el sacerdote le abandonase, el prisionero le volvió á padir le asegurase que todo lo que habia dicho era cierto.

El sacerdote se lo afirmó por segunda vez: en seguida salió. Detrás del sacerdote entró el carcelero y halló al prisionero silbando una cancioncilla.

— ¡Toma, toma! dijo. ¿Acaso no sabeis que os fusilan mañana?

— Si tal, respondió el soldado; pero Dios me ha concedido la gracia de hacer una buena confesion, y ahora estoy seguro de salvarme.

— ¡Oh! entonces es diferente, dijo el carcelero. ¿Teneis necesidad de alguna cosa?

— Comeré perfectamente, dijo el soldado.

Hacia dos dias que no habia tomado nada.

Se le llevó la cena. Comió como un lobo, bebió dos botellas de vino de Siracusa, se echó en su camastro y se durmió.

Al dia siguiente fué preciso tirarle de los brazos para despertarle. Desde que estaba preso, el pobre diablo no dormia.

II.

Jamás el carcelero habia visto un hombre tan determinado.

Se esparció por la ciudad el rumor de que el reo marcharia al suplicio como á una fiesta. Los sicilianos lo dudaban mucho, y con ese gesto negativo que no pertenece mas que á ellos, decian : Lo veremos.

A las siete fueron á buscar al prisionero. Estaba disponiendo su traje. Habia hecho almidonar su camisa y habia cepillado perfectamente sus vestidos : estaba tan buen mozo como un soldado napolitano puede estarlo.

Pidió le dejasen marchar á pié hasta el lugar de la ejecucion y llevar sus manos libres. Las dos cosas le fueron concedidas.

La plaza de la Marina, en la que está situada la prision, estaba llena de gente. Al aparecer en lo alto de las escaleras, saludó muy graciosamente al pueblo. No habia en su fisonomía la menor señal de alteracion. Los sicilianos no volvian de su asombro.

El reo bajó las escaleras con paso firme y comenzó á encaminarse por las calles, custodiado por el cabo y los nueve hombres encargados de la ejecucion. De vez en cuando encontraba camaradas en el camino, y con la vénia de su escolta, les tendia la mano, y cuando estos le daban el pésame, respondia con alguna máxima consoladora, tal como : la vida es un viaje ; ó bien con algunos versos equivalentes á estos bonitos versos del *Desertor* :

Cada paso ¿ no se advierte
que nos conduce á la muerte?

luego continuaba su camino.

Los napolitanos triunfaban.

Delante de la puerta de un comercio de vinos, vió á dos camaradas suyos subidos sobre un poste para verle pasar ; fué hácia ellos. Le ofrecieron beber juntos el último vaso. El reo aceptó, alargó su vaso y dejó se le llenasen hasta el borde ; despues, elevándole sin que su mano temblase, sin que se derramase una sola gota del precioso liquido que contenia :

— ¡ A la prolongada y feliz vida de S. M. el rey Fernando ! dijo con una voz firme y en la que no habia la mas pequeña alteracion.

Y bebió el vaso.

Aquella vez sicilianos y napolitanos aplaudieron : tanto poder tiene el valor, aun cuando se admire en un enemigo.

Llegaron al lugar de la ejecucion.

Allí creian los sicilianos que aquel valor ficticio, resultado de una exaltacion cualquiera, se desvaneceria sin duda. Todo al contrario : al ver el lugar designado pareció que el reo redoblaba su valor. Se detuvo en el sitio señalado ; únicamente pidió no tener los ojos vendados y mandar por sí mismo el fuego.

Rara vez se rehusan estos dos últimos favores, como se sabe ; así que le fueron concedidos.

Entonces su confesor se aproximó á él, le abrazó, le hizo besar el Crucifijo, le dijo algunas palabras de consuelo, que recibió al parecer con bastante negligencia : luego le dió la absolucion, y se separó para dejar terminar la obra de muerte.

El reo se colocó de pié mirando á Palermo y vuelta

la espalda al monte Pellegrino. El cabo y los nueve hombres retrocedieron hasta hallarse á diez piés de él : entonces se oyó la voz de alto y se detuvieron.

Al punto el reo, en medio de ese silencio profundo, religioso, solemne, que se cierne siempre por encima de las cosas supremas, mandó cargar con una voz tranquila, firme, perfectamente entendida por aquellos á quienes mandaba.

A la voz de ¡ fuego ! cayó atravesado por siete balas, sin decir una palabra, sin exhalar un suspiro ; habia muerto con valor.

Los napolitanos arrojaron un grito de triunfo : el honor nacional se habia salvado.

Los sicilianos se retiraron con la cabeza baja y profundamente humillados de que un napolitano pudiese morir así.

En cuanto al sacerdote, su perjurio era un negocio que quedó para arreglarse entre Dios y él.

Sin embargo, ese grande odio entre los dos pueblos habia disminuido un poco en los últimos tiempos. Hablo de los años de 1833, 1834 y 1835. El rey de Nápoles, cuando su advenimiento al trono, habia ido á Sicilia, precediendo su llegada á Mesina el perdón de veinte reos políticos ; así cuando puso el pié en el muelle, los veinte agraciados le esperaban vestidos de largas túnicas blancas y llevando cada uno una palma en la mano. El carruaje que debia conducir al rey á palacio, fué desenganchado entonces y el rey llevado en triunfo en medio del entusiasmo general.

Algun tiempo despues acabó de colmar las esperanzas

de los sicilianos, enviando su hermano á Palermo con la categoria de virey.

El conde de Siracusa no solo era un jóven, sino casi un niño ; tenia, me parece, diez y ocho años escasos. Al principio tan corta edad alarmó á sus súbditos ; algunas travesuras aumentáron las inquietudes ; pero muy pronto con el manejo de los negocios, el niño se hizo hombre y comprendió la alta mision que debia llenar reconciliando Nápoles y Palermo ; entrevió para aquella pobre Sicilia arruinada, abatida y esclavizada, un renacimiento social y artístico. Dos años despues de su llegada la isla respiró como si saliese de un sueño de hierro. El jóven príncipe habia llegado á ser el ídolo de los sicilianos.

Pero sucedió lo que sucede siempre en semejantes circunstancias : los hombres que vivian del desórden, de la ruina y del abatimiento de la Sicilia, vieron que su reinado habia concluido si continuaba el del príncipe. La bondad natural del virey se convertia en su boca en un cálculo de ambicion, el reconocimiento del pueblo en una tendencia á la revolucion. El rey, rodeado, engañado, importunado, concibió sospechas sobre la fidelidad política de su hermano.

En esto llegó el carnaval. El conde de Siracusa, jóven, buena figura, amante del placer, estaba en todas las fiestas, y aprovechaba con ardor las ocasiones en que se le proporcionaban. Napolitano, y por consecuencia acostumbrado á un carnaval animado y bullicioso, organizó una magnífica cabalgata en la que escogió el traje de Ricardo Corazon de Leon, é invitó á todos los

señores sicilianos que quisieran complacerle á repararse los demás papeles de la novela de Ivanhoë. El conde de Siracusa todavía no había caído en desgracia, por tanto se apresuraron á corresponder á su invitación. La cabalgata fué tan magnífica, que el rumor de ella llegó hasta Nápoles.

— ¿Y cómo iba disfrazado mi hermano? preguntó el rey.

— Señor, respondió el portador de la noticia, S. A. R. el conde de Siracusa representaba á Ricardo Corazon de Leon.

— ¡Ah! Si, si, murmuró el rey; él Ricardo Corazon de Leon, y yo Juan sin Tierra! comprendo.

Ocho días despues el conde de Siracusa era llamado.

Aquella desgracia le había dado nueva popularidad en Sicilia, donde todos, habiéndole observado de cerca, hacian justicia á sus intenciones, y nadie sospechaba en él el crimen de que se le había acusado cerca de su hermano.

Por su parte el rey Fernando, sabiendo que había perdido por aquel acto una parte de su popularidad en Sicilia, se disgustó de sus súbditos insulares. Por la primera vez desde su advenimiento al trono dejaba pasar la fiesta de Santa Rosalia, sin acudir ó asistir en la catedral á la misa solemne que en esta época se celebra.

Hé aquí en qué estado hallé yo la Sicilia, sin que sus preocupaciones políticas estorbasen, sin embargo, de un modo visible, su propension al placer.

El Corso duró hasta las dos. A las dos de la madru-

gada nos volvimos en medio de las iluminaciones medio apagadas, y de las serenatas medio concluidas.

A las nueve de la mañana siguiente llamaron á mi puerta. Llamé al mozo de la fonda, que entró por una escalera particular.

— Abrid las ventanas, y ved quién llama, le dije.

Obedeció, y entreabriendo la puerta:

— Es el signor Mercurio, me dijo despues de mirar, y volviéndose hácia mí,

— Decidle que estoy en cama, respondí algo impacientado por aquella insistencia.

— Dice que aguardará á que os levanteis, respondió ojo xiado.

— Entonces decidle que estoy enfermo.

— Dice que quiere saber qué enfermedad teneis.

— Decidle que jaqueca.

— Dice que quiere proponeros un remedio infalible.

— Decidle que estoy acabando.

— Dice que quiere daros su último adios.

— Decidle que he muerto.

— Dice que quiere echaros agua bendita.

— Entonces hacidle entrar.

El signor Mercurio entró con un surtido de pipas de Túnez, una coleccion de productos sulfurosos de las islas Eolias, una porcion de lava de Sicilia, y en fin, una partida, como se dice en términos de comercio, de cintas de Mesina, colocado todo en equilibrio sobre su cabeza pendiente de sus manos, ó rodeado á su cuello. No pude menos de reirme.

- ¡ Ah, ya! le dije, ¿ sabéis, señor Mercurio, que teneis un gran talento para forzar las puertas?
- Ese es mi elemento, excelencia.
- ¿ Y os sale bien siempre?
- Siempre.
- Pero, ¿ y en las casas donde se resisten?
- Entro por el balcon, por la chimenea, por el agujero de la cerradura.
- ¿ Y una vez dentro?
- ¡ Oh! una vez dentro, voy á mi negocio, y obro en consecuencia.
- Pero ¿ y á los que, como yo, no quieran comprar nada?
- Siempre les vendo alguna cosa, aunque con vuestra excelencia no quiero tener secretos. Estas pipas, estas curiosidades, estas cintas, toda esta ropa, en fin, no es mas que un pretexto; pero mi verdadera profesion, excelencia...
- Sí, sí, la conozco; pero ya os he dicho que no tengo nada que ver con eso.
- Entonces, excelencia, ved estas pipas.
- No fumo.
- Ved estas cintas.
- Tengo seis.
- Ved estos pedacitos de azufre.
- No soy comerciante de pajuelas.
- Ved estos trabajitos de lava.
- No me gustan mas que las obras chinescas.
- ¿ Os venderé alguna cosa?
- Sí, si quereis.

- Siempre quiero, excelencia.
- Véndeme una historia; por tu oficio debes saberlas divertidas.
- Id á pedir eso á los confesores de los conventos.
- ¿ Porqué me remites á ellos?
- Porque la discrecion constituye mi crédito y no quiero perderle.
- Así, pues, ¿ no teneis ninguna historia que contarme?
- Sí tal, tengo una.
- ¿Cuál?
- Tengo la mia: como me pertenece, puedo disponer de ella.
- ¿ La quereis?
- Desde luego, hecho, debe ser bastante curiosa: te doy dos duros por tu historia.
- Debo prevenir á vuestra excelencia, que no es el primero á quien la refiero.
- ¿ Y cuántas veces la has contado ya?
- Una vez á un inglés, otra á un alemán, y dos á franceses.
- ¿ Tienes la misma conciencia en todos tus incidentes, signor Mercurio?
- La misma, excelencia.
- Entonces, como eres un hombre precioso, no rebajaré nada de lo que he dicho; hé aquí tus dos duros.
- ¿ Antes de tener la historia?
- Confío en tí.
- ¡ Oh! si vuestra excelencia quiere honrarme con una confianza semejante respecto á...